

Ciudadanismo

Nº 19 Año I
19 de Enero de 2007

EDITORIAL

EL DESGASTE DE LAS PALABRAS

Solemos definir al hombre como “animal racional”. Lástima que hayamos traducido así la definición de Aristóteles, que junta tanto acierto en sólo esas dos palabras, que no se necesita más. Fue él mismo quien para justificar su definición, ensayó a título irónico la definición de “bípedo implume”. Lo apunto por si alguien se siente mejor identificado en esa definición.

Pero no va por ahí mi razonamiento (mi discurso, que diría Descartes), sino por la desafortunada traducción que hemos heredado a través del latín. Aristóteles dijo del hombre que es ζων λογικον (*tzóon loguikón*), y a los demás animales los definió por oposición como αλογα ζωα (*áloga tzóa*). Observemos que tanto en el término positivo como en el privativo, el elemento común es el λογος (*lógos*), que tan bien se traduce como PALABRA que como RAZÓN. Goethe, en el prólogo de su Fausto nos sitúa ante ese dilema: ¿cómo traducir el LOGOS del inicio del Evangelio de san Juan (*En el principio era la Palabra...*)?

Porque claro, el latín sí que se apuntó a la PALABRA, es decir al VERBUM en esta ocasión. El LOGOS de san Juan es el que es Dios y se hace carne. Platonismo puro, mundo ideal contenido en la

palabra, que se materializa por la voluntad de la PALABRA. El mundo de las ideas encarnado en la PALABRA. Pura sublimidad.

Acceptemos por tanto que la traducción de ese término con el que define Aristóteles nuestro diferencial con los demás animales no es segura, no es apodíctica.

A pesar de ello creo que es una de las cosas más lamentables que nos han ocurrido, una traición de traductor peor que la de Judas, que el “*loguikós*” de Aristóteles se haya traducido como “racional” y no como “dotado de palabra”, por oposición a los animales, que evidentemente no están dotados de palabra (lo de que no estén dotados de razón, lo intuimos, pero no es una evidencia).

En fin, que si la palabra formase parte de nuestra definición, probablemente la habríamos cuidado más, no la habríamos vaciado así de contenido, porque al vaciarla hubiésemos tenido la sensación de que nos vaciábamos nosotros, que se nos escapaba la humanidad por las palabras.

Pero como no ha sido así, ahí estamos pagando la dura penitencia de una mala traducción, y nosotros... ojos que no ven, corazón que no siente.

DEMOCRACIA

UNA PALABRA CADA VEZ MÁS HUECA

A la vista está cómo la palabra **democracia** se está vaciando de contenido a una velocidad de vértigo. Eso ocurre por nombrarla tanto en vano... y en falso. Acabará sucediéndole lo que a la caja de Pandora (la que contenía *pan* = todos *dora* = los dones), en la que de tanto trajinarla y manosearla no quedará ningún don, sino tan sólo la esperanza de recuperar los que se fueron. Es una lástima, porque ha sido durante dos siglos la santa palabra que santificaba todo lo que tocaba. Tan santa, que en su nombre, como en el de otras religiones, se han armado auténticas cruzadas.

Estos días estamos asistiendo a un espectáculo sobrecogedor: en nombre de la democracia, se cierra un sector del Parlamento, el más conflictivo, porque esos asuntos conflictivos es mejor tratarlos en secreto, en otros foros, sin luz ni taquígrafos indiscretos. Y quienes han de tratarlos son los que tienen el poder en sus manos. Un poder al que siguen llamando democrático a pesar de que su máximo objetivo es dejar la democracia como una estantigua.

Seguramente el mayor problema no es que se nos vacíen las palabras y se nos queden huecas. El mayor problema es que los huecos somos nosotros. Cada vez hablamos más hueco nosotros y nuestros representantes, sobre todo ellos. Es lo políticamente correcto, hablarse sin decirse nada, el parlamentarismo de las buenas maneras. Pero si alguien

se atreve a decir algo que no esté dentro de lo previsible convenido... entonces arde Troya. Entonces eso ya no es parlamentarismo, ya no es democracia, ya no es libertad de pensamiento y de palabra, sino filibusterismo. Y naturalmente hay que impedirlo. Así andamos.

¿Y de dónde nos viene tanta oquedad? Pues nos viene de la poca fe que tenemos todos en la democracia. Los políticos, cuando invocan la democracia, se parecen a esos curas que predicán lo que no creen y lo que no practican. Sus iglesias se van quedando cada vez más vacías, y las urnas también. ¿Cómo quieren los políticos que les creamos cuando invocan la democracia, si sus partidos son dictaduras férreas y totalitarias? Preguntadles, tanto a Rajoy como a Zapatero, como a los demás coros celestiales del Parlamento, cómo se confeccionan sus listas electorales, cómo se consigue y cómo se pierde el poder en el Partido. Pues eso, el que se mueva, no sale en la lista.

¿Y cómo pueden ser no los Partidos, sino esos Partidos correa de transmisión de la voluntad de los ciudadanos, si sus dirigentes no son siquiera correa de transmisión de la voluntad de sus afiliados? ¿Cómo sabe el Partido Popular que Gallardón en Madrid y Piqué en Cataluña son los mejores portavoces de la voluntad de sus respectivas bases? Y como éstos, centenares y hasta miles en todos los partidos del arco parlamentario. Por eso

cuando claman “democracia” todos, absolutamente todos suenan a hueco. Suenan como curas que predicán lo que no creen, a una parroquia que acude a ellos para alimentar su fe. Pobres ovejas a las que descarría el pastor.

Decía que los partidos dictatoriales son esos, los del arco parlamentario. El hecho de que en este momento lo sean todos, es puramente accidental. No va en la naturaleza de los partidos el ser dictatoriales, sino en la ambición de sus gestores. Las empresas, que no tienen por qué ser democráticas, cuentan más con la opinión y la voluntad de sus trabajadores, que los Partidos con la de sus afiliados. Si del mismo modo que existe un sello de calidad para las empresas (el 2001 por ejemplo) hubiese un sello de democracia para los partidos, ni uno solo conseguiría que le pusieran el sello de democrático cuando lo auditasen.

El nacimiento de CIUDADANOS, el nuevo partido que ha irrumpido con fuerza en Cataluña, tiene mucho que ver con esto. El grave déficit democrático de los partidos, se traduce en un déficit democrático aún más grave de su gestión. En Cataluña es donde esa arbitrariedad totalitaria de los partidos, que juegan sus partidas totalmente al margen de la ciudadanía en cuyo nombre dicen actuar, ahí en Cataluña es donde más flagrante es el divorcio entre los partidos y la sociedad. Por eso ha sido ahí, en Cataluña, donde se ha producido el milagro del nacimiento de un nuevo Partido. Un auténtico milagro, por la conspiración del silencio de todos los medios de Cataluña para impedir primero que naciese, y luego que creciese.

Y ahora mismo, en las próximas Municipales, es donde CIUDADANOS pasará su primer bautismo democrático. No basta predicar las

LISTAS ABIERTAS en las elecciones. Sería la mayor hipocresía exigirle eso a la legislación general, y no practicarlo dentro del Partido. Una hipocresía y una burla. Si CIUDADANOS es un fenómeno que está teniendo réplicas en toda España, eso se debe a que el nacionalismo no es más que la punta más soberbia y amenazante de un iceberg muy crecido, dispuesto a embestir contra la democracia; un iceberg cuya silueta sumergida, cada vez más visible, va ganando velocidad por días.

CIUDADANOS sabe probablemente que su mayor activo son sus afiliados, no sus cuadros. Lo único que no pierde el ciudadano dentro del alboroto mediático de las elecciones, es el olfato. Y el ciudadano de a pie huele que el militante de CIUDADANOS que se le acerca, está promoviendo un partido distinto, más de la gente, más democrático. Pero no nos engañemos, esto lo huele el ciudadano porque es verdad, porque eso no se puede fingir. Si la voluntad de tu Partido se configura de abajo arriba, y no de arriba abajo como en los demás, eso se te ve en la cara, en la actitud, en el discurso. Se te nota que no eres tú del Partido, sino que el Partido es tuyo.

Esa es la máxima baza de CIUDADANOS, ese es su mejor discurso, aunque muchos de los afiliados que salgan a hacer campaña no sepan formularlo con palabras. Cada uno de los afiliados saldrá a defender la candidatura que él ha confeccionado, no una que le han dado hecha. Y eso es más decisivo que la megafonía, que los carteles, que los anuncios, que los mítines.

CIUDADANOS se nutre en buena parte de desencantados de otros partidos. Y lo que más les sorprende es esto: que creamos de verdad en la democracia y que,

ingenuos de nosotros, la practiquemos en el Partido, en cada una de las Agrupaciones. No era eso a lo que estaban acostumbrados en los partidos de procedencia, por eso les deslumbra tanta

democracia y tanta fe de cada uno en los demás y en la gran acumulación de fuerzas al ir todos voluntariamente en la misma dirección. ■

Mariano Arnal

LA PALABRA

ALTERNANCIA

Mejor y más eficaz invento político que la democracia, es la **alternancia**. Es un concepto de matemática binaria la mar de simple, en el que es difícil engañar a uno aunque sólo sepa contar hasta dos. En efecto, *alter* es el segundo en un sistema contable que sólo llega al dos. Si no fuese por la informática, que es también binaria, despreciaríamos este sistema tan exiguo de contabilidad. Pero no sólo no es despreciable, sino que es sublime por su sencillez. No andaban descaminados los griegos al gramaticalizar el número dual antes que el plural. Los ojos, las manos, los pies... todo aquello que por naturaleza es dual, llevaba este número gramatical. Es que las cosas más importantes están construidas sobre la dualidad para permitir tanto la simultaneidad como la alternancia. Hoy nos hemos quedado sólo con el plural, y así a partir de dos decimos que son “muchos”. Es que de todos modos, comparado con uno solo, dos son muchísimos.

Seguramente el sentido primordial del pronombre y adjetivo *alter* es el de negación de la unidad y afirmación de aquello que la sustituye: el **otro**, lo otro. La numeración ordinal más genuina no decía *primus, secundus, tertius*; sino *unus, alter, tertius*: el uno, el otro, el tercero... De todos modos, la derivación nos orienta bastante sobre el alcance de este término. Tenemos primer lugar la **alteración**. ¿Qué otra cosa es alterar que optar por el **otro** o por lo **otro**? Ahí tenemos también la **alternancia** y la **alternativa**. La primera sostiene el principio del cambio por el cambio. Del mismo modo que se alternan los pies en el sostenimiento del cuerpo al andar, así también es necesaria en muchas cosas, y entre ellas en el poder político, la **alternancia**. Los romanos la llamaron *alternatio*. El verbo *alternare* además de alternar, alternarse, hacer algo alternativamente, significa también dudar.

Alterar, altercado, adulterio, adulterar, proceden también de *alter*, el otro. Esa es la esencia de todos estos términos: el cambio, al otro o a lo otro, pero desordenado. Es la otra cara, inevitable, de una medalla bien valiosa. Los romanos estaban tan convencidos del valor de la **alternancia** del poder, que instituyeron como máxima magistratura el consulado: eran **dos** que estaban continuamente **alternándose** a pesar de que su mandato duraba tan sólo un año. Cuando estaban fuera de Roma se turnaban por días en el mando del ejército. Si los dos estaban en Roma, se turnaban cada dos meses en el ejercicio del poder. El que lo estaba ejerciendo iba precedido por los 12 lictores con las *fascas*, símbolo del poder; mientras el otro no tenía más cortejo que un *accensus*. Las decisiones del que ejercía el poder podían ser apeladas ante el que no lo ejercía, porque a pesar de todo seguían constituyendo una magistratura única.

Demasiado bueno para ser duradero. Los que tenían el poder, sobre todo si lo afianzaban en campaña, se las compusieron para evitar la **alternancia**, que quedó en algo meramente simbólico. Hoy tenemos buscando una auténtica **alternancia** política a los movimientos **alternativos**, que inexorablemente caen en la tentación de las subvenciones. ■

de *elalmanaque.com*

www.ciudadanismo.es